

Robert Krautmacher

DISQUISICIONES LINGÜÍSTICAS

QUIEN puede idear algo absurdo, quién algo cuerdo que los antepesados no hubieran ideado ya?

¿Sabría Goethe, al escribir estas líneas en su Fausto que la sentencia era la traducción casi verbal de Terencio:

Nullum est jam dictum,
quod non sit dictum prius?

Me acojo a esta divisa amparadora para justificar el atrevimiento con que me lanzo a un terreno tan escabroso con mi humilde contribución-filológica de entusiasta hispanófilo, apoyándome, además, en una sentencia con que Jenaro Espinosa puso punto final a su inspirado y valiente artículo en uno de los últimos números de esta revista, sentencia del siguiente tenor:

«Es inútil pretender fijar los idiomas, reducirlos a una cosa rígida; con aspirar a que se cumplan las reglas gramaticales ya es suficiente».

Muchos filólogos procuran explicar el origen de las modificaciones fonéticas simbólicamente, comparando las palabras con las piedras que el río arrastra y que, al pulirse, van perdiendo, poco a poco, su estructura primitiva.

Esta comparación es errónea, porque la palabra, una

vez suscitada a la vida, no posee una duración perpetua a despecho de todas las academias de lengua que autorizan o sancionan su forma o empleo o la declaran viciosa. La palabra no es un objeto sino una acción, un proceso continuo, que consiste en la combinación simultánea de una representación mental con un movimiento de los órganos fónicos, o dicho más breve, de una imagen mental con otra fonética; por eso los entes lingüísticos tampoco son comparables a los seres animales que crecen, maduran y mueren, sino a las costumbres y usos, las instituciones y actividades del hombre que son modificados continuamente. Puede que algún uso desaparezca, lo que nada significa para la vida de la totalidad: algo nuevo y mejor lo va reemplazando. Así la lengua en su totalidad no conoce ancianidad ni tiempos de decadencia. Lo que desaparece, merece desaparecer; con perfección siempre mayor se hace la adaptación a las condiciones exteriores de la vida y las necesidades del individuo.

El idioma no es un cuerpo rígido, yerto, sino uno vivo, que se rejuvenece y remoja de sí mismo y se desarrolla teñido a veces con nuevas formas del dialecto regional. Hasta un genio como Goethe tenía todavía estas reincidencias a lo regional. En sus escritos se notaba la influencia del dialecto de Francfort y lo defendía en sus *Conversaciones con Eckermann*: «No hay que dejarse quitar su derecho, el oso gruñe según la cueva en que nació».

No es fácil trazar los límites entre una lengua literaria y su dialecto. Considerado bajo el punto de vista filológico el holandés puede ser calificado como un dialecto del alemán, pero esto es del todo imposible al tomar en cuenta su historia y literatura. El alemán bajo se llama un dialecto del alemán alto, sin embargo, se diferencia de éste mucho más que los diversos idiomas eslavos entre sí.

A menudo se oyen juicios falsos sobre la relación exis-

tente entre lenguaje literario y dialecto. Creen muchos que se relacionan como norma y arbitrariedad, o que la literatura sea la correcta, el dialecto la falsa, opinión que no corresponde a los hechos. Cada dialecto es tan correcto como la correspondiente lengua literaria. También la literaria ha sido antes un dialecto regional. Por causas políticas se eleva un dialecto al modelo, se hace instrumento de la clase influyente y acaudalada, de los poderes públicos, de la religión, en suma, llega a erigirse en lengua literaria. Y con la literatura gana en aprobación general, y, a medida que se consolida, los otros dialectos pierden la aptitud para una expresión más refinada de los pensamientos. Entonces, uno siente la lengua del bajo pueblo como algo innoble. En todo caso, constituye un prejuicio que el dialecto sea algo más vulgar que el idioma literario; es al revés: la literaria se ha formado del dialecto.

El diputado alemán Bamberger dijo el 11 de Noviembre de 1871 en el recién creado Reichstag: «Vos los señores diputados del norte habláis el alemán alto, que proviene de nuestro sur, mucho mejor que nosotros los meridionales, por no ser vuestra propia lengua, conforme a la filosofía del pueblo: que «en casa del herrero, cuchillo de palo».

Es cosa sabida que en España el dialecto de Toledo fué elevado a lengua oficial de las cancillerías bajo el reinado de Sancho I. El toscano es la base del italiano moderno y el alemán de Meissen la del alemán de hoy día, generalizado por la traducción de la Biblia, por Lutero.

La dialectología forma una rama importante de la ciencia lingüística moderna. Enorme diferencia existe entre un filólogo y un literato; éste cultiva sólo las más hermosas plantas cual buen jardinero, aquel, el botánico, se interesa hasta por la más despreciable maleza. El literato, se indigna al oír una palabra como «achunchado» y lo llama barbarismo, poniéndola en

la lista negra de las voces, recomendando usar por ella perplejo, corrido, azorado, mientras el filólogo de la talla de José Rufino Cuervo se acerca a la gente obrera, y, al oír una frase como «endei patrón» se echa a investigar la procedencia de palabra tan original; se mete en la cocina, para oír hablar a la cocinera, cuando dice: «Me viene haciendo humo otra vez, jante me duelen los ojos». Y como buen botánico vuelve feliz con la nueva especie al estudio para formar asaz una nueva ley fonética.

Llamar un dialecto una lengua viciada sería tergiversar las relaciones de los hechos lingüísticos, y no hay cosa más desacertada que hablar de los vicios de lenguaje, o de pronunciación viciosa, tanto más cuanto que estos términos son del léxico, de la ética, impropios de la lingüística, pues la lengua tiene tan pocas virtudes. Curioso es que el alemán, para designarlos, acude a la terminología patológica, tildándolos de sarcomas, de tumores cancerosos.

¿Quiénes son los que emiten tales juicios? Son los literatos, poetas, poetastros, académicos, academizantes con ribetes de estéticos.

A todos éstos oponemos que el lenguaje regional es una de las fuentes más copiosas del idioma, y el buen sentido del idioma castellano, «le genie de la langue», ha llevado a lo absurdo las teorías de tales dómines, desmenuzadores, que vituperaban todo lo regional como Luzán en España, Boileau en Francia y Gottsched en Alemania, por el acertado empleo de las voces regionales tanto en la novelística como en el drama. Un Ricardo Palma lleva al rango literario una palabra como «bochinche» y mil otras lindezas. Léanse Santiván y Mariano Latorre. Así sostiene uno de los más renombrados críticos literarios, Cejador y Frauca, que el término más vulgar del folklore que sale en lugar oportuno de la pluma de un escritor castizo, es mejor que el más refinado galicismo o palabra extranjera que sólo usa una

minoría de presumidos autores por vanidad, para darse humos de letrados. «Cototo», es incomparablemente más genuino que «entumecencia», porque revela aún matiz de sentimientos y «la minuta» cien veces mejor que el «menu», tinglado que garage, piloto que chofer, balompié que fútbol, explorador que boy-scout, porque cada una incluye un concepto.

Cito otra vez a Cejador: «Los españoles academizados sin saberlo ignoran que cuanto más puro criollo escriban los americanos, escribirán más puro y castizo castellano, como escribirán más castizo el santanderino, el aragonés, el burgalés, el extremeño que emplean las voces de su tierra. Eso sí que no emplean galicismos ni latinismos como los borrajeadores de periódicos en España y en América. Antes el habla criolla de toda la América retraería el idioma literario hacia sus fuentes y así escribiríamos como en el siglo XVI, porque apenas difiere del habla del siglo de oro el habla popular de América y España. El que se apartó de ella es el idioma literario por imitar el francés y por allegarse al latín. Venga, pues, ese lenguaje criollo a limpiar el idioma literario de las sandeces eruditas con que lo estropeó la Academia pretendiendo «limpiarlo, fijarlo y darle esplendor». Yo quisiera saber cómo se dicen esas cosas criollas tan linda y gráficamente en gabacho y en chapurrado periodístico agabachado y en el planchado lenguaje de los discursos académicos. Salga, pues, afuera y brille a la luz del día esa habla popular castiza americana para que los españoles la saquen de entre el vulgo de las sierras y vegas, y campee con todo su antiguo esplendor este nuestro riquísimo y admirable idioma castellano.

Echemos una mirada a la gramática.

La lengua literaria ha sido prensada en moldes gramaticales a modo de un código jurídico. Pero con eso no se constituye todavía en legislador, pues éste prescribe lo que hay que hacer y amenaza al que no cumple.

La ley gramatical es ningún fantasma de papel sino que fija únicamente lo que es de uso al día de hoy. Registra los hechos del uso actual, analiza la estructura de la lengua. Su utilidad como norma es igual a cero, la norma la da el uso, que se puede saber por la lectura de los buenos escritores. Por algo dice Horacio: «*Usus arbitrium est, et jus et norma loquendi*». Si la gramática tuviera derecho legislador, bastaría conocerla de memoria para salir el más airoso escritor. El mejor fabricante de violines que conociera a la vez las notas, sería el más grande violinista. ¿Es así? En cuanto al castellano, dice Andrés Bello, lo mismo: «Para mí la sola autoridad irrecusable en lo tocante a una lengua es la lengua misma». Desgraciadamente, el mismo Andrés Bello ha sido el autor de la opinión errónea y muy vulgarizada entre el profesorado chileno de la eficiencia extraordinaria de la gramática para llegar a un buen estilo, por su famosa definición: «Gramática es el arte de hablar y escribir bien».

Los filólogos modernos ya no piensan así. El arte, enseña el Dr. Rodolfo Lenz, se aprende únicamente con el ejercicio perfeccionado, si se quiere, metódicamente una facultad o disposición natural que ha de tener el individuo: una exposición teórica de las dificultades de un arte podrá ser de cierta utilidad, pero ningún pedagogo moderno seguirá creyendo que los alumnos lleguen a hablar y escribir la lengua literaria mediante el aprendizaje mecánico de esquemas, de conjugación, de definiciones buenas o malas de las partes de la oración, o haciendo el llamado análisis lógico de trozos de buenos autores.

Los representantes de la escuela antigua, los acérrimos defensores del análisis lógico hablan generalmente en tono de pecho de su convicción superior. De ahí la forma apodíctica de sus juicios. No conocen más que la alternativa—o lo bueno, o lo falso. No hay cosa más tonta, que discurrir, por ejemplo, sobre asuntos tan futi-

les como si se debe decir obscuro u oscuro, setiembre o septiembre. No hay argumentación más pueril que la que se basa sobre la etimología. El modo del pensar lingüístico se opone a menudo, al llamado buen sentido que se acoge a estas exterioridades. Hablamos de un «animal cansado», es decir, un animal que está cansado; pero un «hombre cansado» es uno que cansa. Compárese un «libro muy leído» y un «hombre muy leído»— En mi vida me he visto en tal aprieto», dice Lope de Vega en su famoso soneto; pero lo que el poeta quiere decir es, que NO se ha visto en tal aprieto. ¿Dónde, pues, queda la lógica? Perdición viene de perderse y desperdiciar significaría entonces NO perderse, porque el prefijo des-incluye una negación, es privativo, y lógicamente: «El no desperdiciaba ocasión» significaría, que él la perdía, pues dos negaciones dan una afirmación. Luego, ¿es lógico?

Oigamos al sabio Andrés Bello: «Se ha errado no poco en filosofía suponiendo a la lengua un trasunto fiel del pensamiento. En el entendimiento dos negaciones se destruyen necesariamente una a otra, y así es también, casi siempre en el habla; sin que por eso deje de haber en castellano circunstancias en que dos negaciones no afirman. No debemos, pues, trasladar ligeramente las afecciones de las ideas a los accidentes de las palabras».

Nada se puede argumentar en contra del uso de ciertas formas morfológicas, tampoco el que carecen de lógica, sólo que no son usadas todavía, que todavía no tienen el poder, porque cuestiones lingüísticas son cuestiones del poder. Nuestra tradicional sintaxis escolar parte siempre del punto de vista lógico, a pesar de que en esta materia ya es de dominio general que las relaciones lingüísticas, no son siempre explicables por la lógica sino por la psicología. No pueden ser aprobadas ni condenadas, a base de la lógica, pues son en parte alógicas. Con términos como «anomalías» o «giro

genial del castellano», no se explica nada (véase Capítulo XXIX. Apéndice II de A. Bello), hay que buscar la causa intrínseca en la psicología. No se trata ya de si las nociones pueden ser representadas en la mente, sino percibidas con el sentir. Por consiguiente, no puede haber formas falsas propiamente dichas. Si el niño dice por analogía *escribido* en lugar de *escrito*, entonces la forma *escribido*, dice visto bajo el punto filológico, no es falsa sino inusitada, tal como cuando alguien dice por primera vez: *He roto los lazos*. El quien lo empleó por primera vez, falló, debiendo decir *rompido*, pero esta falta ya no es falta hoy, sino falta rectificada y sancionada, es decir, de uso correcto. *Escrito*, *roto*, *absuelto*, en lugar de *escribido*, *rompido*, *absolvido* son formas aisladas y el idioma tiene la tendencia de juntarlas a grupos mayores de palabras. La disminución de los grupos psicológicos es en general una tendencia en la evolución de la lengua.

Así se ve, que la contemplación lingüística del idioma no coincide con la gramatical, porque contempla los fenómenos de la lengua bajo el punto de vista biológico y no legislador. Claro que las formas nuevas estorban antiguos derechos propietarios. El amigo del buen sentir siente éstas como fricciones dolorosas de malestar, y sus lamentos sobre decadencia de la lengua, corrupción del sentir lingüístico, no cesan jamás. Sólo el lingüista, se siente feliz, porque le dan el material para probar que estas fuerzas destructoras para el literato, son las fuerzas eternas que rigen la evolución de los idiomas, que han hecho de las lenguas primitivas aquellos maravillosos instrumentos de la cultura.

Y esto es lógico, porque la humanidad progresa en ideas y no es dable que la expresión de las ideas se estanque y no prosiga. Sería una desgracia, si el vocabulario no progresara a medida que avanzan las ideas. Por eso vamos conformes con la tesis de Jenaro Espinosa, en su último artículo en esta Revista: «Es inútil

fijar los idiomas, reducirlos, a una cosa rígida; con aspirar a que se cumplan las reglas gramaticales, ya es suficiente».

Además, en casos en que el dominio de una regla gramatical cesa de ser imperioso, el sentir lingüístico, del buen escritor gana en expansión y no es nada de lamentar que en cuestiones de la lengua el tino seguro del artista pueda crear nuevos rumbos. Que los fundamentos y la construcción bruta del idioma queden intactos, eso sí, pero, caso curioso, de todas las aberturas y rendijas del edificio brota, sin embargo, en ameno ramaje la multiplicidad de nuevos botones y retozones bur-lándose de toda regla, traspasando la línea recta trazada para encadenar estos libertinajes según el decir de los dómines jardineros.

Me acuerdo todavía del enorme alboroto causado por una frase que el venerable maestro cervantista Enrique Nercasseau y Morán pronunció en 1917 con motivo de la Fiesta de la Raza a la que le habían invitado la colonia española de Santiago, que era la siguiente: «Desde hoy queda tendido un lazo de amistad entre vosotros y mí, que sólo puede romper la muerte» frase que en el mundo literario, en los círculos doctos y cenáculos de poetas santiaguinos provocó una alarma inconcebible, dando materia a innumerables artículos de la prensa.

En *El Sur* de Concepción, se lee a menudo frases como «El cometa que se viese en el año de 1801 reaparecerá este año» o «El discurso que pronunciase el señor X», o «La fiesta que se diese anoche en honor del señor Y», etc.

Mirándolas superficialmente alguien podría creer que se trata del pretérito primero del subjuntivo por tener el aspecto exterior de éste. Pero por el sentido se conoce que es indicativo, porque «viese» corresponde a «viera» o que se «había visto» y el aparente subjuntivo se explica fácilmente como un antiguo pluscuamperfecto lati-

no «viderat» transformado en viera. Este pluscuamperfecto del modo indicativo se encuentra sólo en frases relativas en el lenguaje moderno. Mucho más uso tenía en castellano antiguo, hasta en las frases dominantes. Los romances del Cid están salpicados de él, por ej.: «Como lo oyera Don Rodrigo» escribierales sus cartas», que viniesen le decía». En «Vida de Santa Oria», de Gonzalo de Berceo leemos la siguiente: «No dormiera la noche». Y como expresa acción que ya estaba terminada antes que otra también pasada, lo encontramos en frases compuestas, v. gr. «El amor que le ficiera no olvidaba». «Ovo el Rey dubba que asmarien los homes que por tal lo ficiera» (había hecho).

Muy temprano tenía este pluscuamperfecto ya la significación del pretérito 2.º del subjuntivo que corresponde exclusivamente a la proposición dependiente v. gr., «Por poco le oviera la cabeza cortada». El pretérito 2.º del subjuntivo «viera ha perdido la idea de la anterioridad, la que conserva, empero, el pluscuamperfecto del indicativo «viera».

Ahora bien, la forma externa del pluscuamperfecto indicativo seduce al escritor inexperto a tomarlo por un subjuntivo, y, por consiguiente, a reemplazarlo por el pretérito 1.º del subjuntivo. Resulta entonces la frase: El cometa que se viese anoche. . . . un disparate. Parece que esta nueva forma está tomando mucho incremento en nuestros días y diarios, pues se lee a menudo en los renglones de *El Sur*: La fiesta que se realizase, etc. Parece que el aumento de su uso es producto de la vanidad y del afán de distinguirse cueste lo que cueste de aquellos que siguen los caminos allanados de la rutina o del buen decir. Y como el diario es casi el único alimento espiritual de la mayoría del pueblo, es posible que este afectado giro se propague, porque huele a nuevo artículo de moda.

Por ventura, los que hoy pagan su tributo a la diosa Moda, mañana rinden culto a otra deidad. El mal es

tan antiguo como la lengua misma. Molière ya se burlaba de los estilistas de su tiempo en las *Précieuses Ridicules*, y en la antigüedad, Quintiliano prevenía a sus contemporáneos de la rebuscada afectación en el estilo «Nihil est odiosius affectatione», y el sabio Séneca se mofaba de los falsos artistas de lengua «qui duodecim tabulas loquuntur» de los que se empeñaban en resuscitar la lengua archi-arcaica de la Ley de las Doce Tablas.

Recuerdo en las novelas de Paul de Cocq un tipo francés que para distinguirse o para darse humos de fino cree embellecer su lenguaje con el uso inmoderado del subjuntivo: «Il faudrait que vous parlassiez avec Monsieur Chose afin que vous l'informassiez de votre état et que les autres cherchassent ce qu'ils voulaissent». Este mal cunde también entre nosotros.

Existe otro subjuntivo que está colándose clandestinamente en el castellano de la gente culta y sobre todo de los cronistas del diario, p. ej.: Su casa era la más suntuosa que jamás hubiesen construido en este pueblo». Así se escribe, pero no es lenguaje hablado, pues la formación de la lengua resulta del hablar y no del escribir. Primero era la lengua, en seguida la escritura, que debe subordinarse a la lengua hablada. Lo expresa Goethe, pero en términos más agudos: «La escritura es un abuso de la lengua».

Y Lessing, el «praeceptor Germaniae» quien echó los fundamentos a la lengua clásica alemana, ha dicho, no sabemos si era por broma:

«Mi prosa me ha costado siempre más trabajo que mis versos.»